

Mauro Giuseppe Lepori

ADHERIRSE A

*Cristo*



100XUNO

ESCUCHA Y CAMINA

## *Escucha y camina*

Las meditaciones recogidas en este volumen son breves enseñanzas ofrecidas cotidianamente, con el estilo monástico tradicional de los «sermones capitulares», en el Curso de Formación Monástica que tiene lugar cada año, durante un mes. El curso se desarrolla en la Casa General de la Orden Cisterciense en Roma, en colaboración con el Pontificio Ateneo de San Anselmo. Cada día, unos cincuenta jóvenes monjes y monjas, provenientes del mundo entero, reciben formación sobre diferentes asignaturas que ofrecen un conocimiento básico y útil para vivir su propia vocación. Durante este mes también se crea entre estudiantes, profesores y las personas que colaboran en el desarrollo de la formación una vida comunitaria hecha de convivencia fraternal, oración común, ayuda recíproca y silencio. Además de tejer una red de amistades intercontinentales que durará en el tiempo, el Curso permite frecuentemente a los participantes redescubrir el valor y el sentido de la vida fraterna en sus propias comunidades, que sufren la tentación de caer en la rutina o en una sutil indiferencia, lo que hace que, con el tiempo, la vida de comunión, en vez de verse enriquecida, se vuelva estéril.

Este espacio, esencialmente educativo, dirigido a madurar en las personas el don gratuito de sí hacia Dios y hacia el prójimo, es, en el fondo, el espacio que le corresponde a cualquier comunidad cristiana y familiar. En este sentido, la tradición monástica, desde sus orígenes y, de forma particular, bajo el impulso potente de san Benito y de su Regla, siempre ha sostenido la indispensabilidad de la aportación de un modo específico de enseñanza, de estilo pastoral. Quien recibe en la comunidad la tarea de acompañar a los hermanos o hermanas en el camino vocacional está llamado a ofrecer una formación que no esté solo al servicio del *conocimiento*, ya sea teórico o práctico. Quien recibe esta tarea está llamado, por el contrario, a ofrecer una formación que esté al servicio de la *conciencia* de la experiencia integral que todo hombre está llamado a hacer, si realmente quiere abrirse a la plenitud de la humanidad que ha venido a ofrecernos el Hijo de Dios al hacerse hombre, al haber vivido entre nosotros, muriendo, resucitando y sentándose a la derecha del Padre, con toda la humanidad que ha asumido de nosotros y por nosotros.



Adherirse a Cristo

100XUNO



Mauro Giuseppe Lepori

# Adherirse a Cristo

*Traducción de M. Eugenia Pablo (OCist)*



Título en idioma original: *Aderire a Cristo*

© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2020

Edición original publicada por Edizioni Cantagalli S.r.l. – Siena 2015

Traducción de M. Eugenia Pablo (OCist)

Revisión de Beatriz Mel

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 72

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-029-1

Depósito Legal: M-13510-2020

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

## ÍNDICE

Introducción. Cristo, suprema alegría .....	9
Una conversión continua.....	13
La verdadera alegría .....	18
Entre el temor y la misericordia.....	23
La consistencia del «yo» .....	27
La obra de Dios en la vida .....	32
Encarnar el temor del Señor .....	37
La realidad, templo de Dios .....	42
Unidos en la necesidad de Dios .....	47
Reconocer a Cristo.....	52
Madurez en la comunión .....	58
La responsabilidad .....	63
El hombre nuevo .....	68
Seguir a Cristo .....	74



La humildad, memoria de Dios.....	79
La humildad, libertad respecto al replegarse en uno mismo .....	85
La humildad, obediencia en camino .....	90
La humildad, paciencia del enamorado .....	95
La humildad, conciencia de uno mismo .....	100
La humildad, fidelidad a la comunidad .....	106
La humildad, don del Espíritu .....	111
La humildad, adhesión total a Cristo .....	116
Humildad y amor.....	121
En camino con Cristo .....	126

## INTRODUCCIÓN

### CRISTO, SUPREMA ALEGRÍA

«Acreciste la alegría, aumentaste el gozo» dice el profeta Isaías (Is 9,2). «Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre», exclama Isabel al recibir a María (Lc 1,44).

¿Por qué tanta alegría? Porque nace un niño, porque viene al mundo un niño que responde a todas las expectativas. «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» explica Isaías (Is 9,5). «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,43). Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, y animada por el salto de Juan Bautista en su seno, reconoce que María viene a ella como Madre que ha concebido al Señor, como Madre de Dios.

Todos esperan a este Niño: el pueblo que yace en las tinieblas y en la esclavitud, que espera «la paz sin límites» (Is 9,6); Isabel en su ancianidad, y Juan, que se encuentra todavía en el seno de su madre. Todos esperan a este Niño. Todos tienen en el corazón una necesidad de luz, de libertad, de paz, de sentido de la vida, tanto en su inicio como en su fin, una necesidad que solo Él puede satisfacer; solo

Él, que es Dios y viene hacia el hombre para vivir con él. Todos los deseos del corazón humano tienden a una única respuesta verdaderamente consumada, verdaderamente absoluta: Dios, que se hace hombre para amarnos con todo su ser y llenar nuestra vida con su amistad.

Desde el inicio de su existencia terrena en el seno de María, Jesús se revela como la respuesta a todas nuestras expectativas y, por lo tanto, como la alegría suprema de la vida, la alegría de todos.

Ante estos testimonios de alegría en Cristo, de alegría por Cristo, debemos examinarnos a nosotros mismos y preguntarnos: ¿Realmente Jesús es para mí la mayor alegría? ¿De verdad es la alegría de mi vida? ¿Me alegro ante Él «como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín» (Is 9,2)? Es decir, ¿la alegría por Él es verdaderamente una alegría que da cumplimiento al trabajo y a la lucha de la vida, así como la siega es el cumplimiento del trabajo del campesino y el reparto del botín es el cumplimiento de la caza del cazador o de la batalla del guerrero? ¿Verdaderamente Cristo es lo más querido de nuestra vida, como nos pide san Benito (cf. RB 5,2)?

La cuestión sobre si Jesucristo es la alegría de nuestro corazón es la pregunta que debemos hacernos constantemente en el camino de nuestra vocación. También cuando no nos sentimos felices, cuando estemos tristes. ¿Estamos tristes por Cristo o por otras razones? ¿Estamos tristes porque nos falta Jesús, porque no lo amamos lo suficiente, o porque nos falta otra cosa?

Sabemos que nuestro corazón no es sencillo, que nuestra alegría y nuestra tristeza no son siempre y completamente por el Señor. A menudo, el motivo de nuestra alegría y nuestra tristeza es nuestro propio interés, nuestro orgullo, nuestra ambición. Por eso, todos necesitamos que alguien gobierne nuestro corazón, que lo eduque hacia la verdad de su deseo, que lo eduque para preferir a Cristo sobre todas las cosas. Tenemos necesidad de una Reina que sea Madre y Maestra de nuestro corazón, de una Reina que nos eduque en la preferencia de Cristo.

María es esta Madre y Maestra, es esta Reina. Nos educa acogiendo ella en primer lugar a Jesús y nos lo dona a nosotros, llevándolo a nuestra casa y a nuestra vida, como cuando visitó a Isabel. Nos lo da tan cerca para que lo percibamos interiormente, como Juan el Bautista.

Sobre todo, María nos trae a Jesús porque nos enseña a acogerlo. Isabel lo entiende muy bien: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45). María nos trae a Jesús porque cree en el don de su presencia anunciada por la palabra del Señor a través del ángel Gabriel. Es la fe de María la que acoge a Cristo y nos lo dona, y es en esta misma fe en la que podemos acoger a Cristo hasta llegar a la alegría del corazón y, por lo tanto, darlo también nosotros a los demás, llevarlo con nosotros para ofrecerlo a todos como la alegría plena de la vida, como hizo Juan el Bautista.

Cuando se pone a Jesús por encima de todas las cosas, por encima de uno mismo, el Espíritu Santo puede posarse

sobre la tierra, en el agua viva de la gracia bautismal. Cuando preferimos a Cristo, el Espíritu descansa, ha cumplido su misión, y se queda cerca de nosotros para indicarnos el camino de la santidad, de la plenitud de la vida en Cristo.

Esto es lo que pedimos por intercesión de María. Si permitimos al Espíritu Santo educarnos como María en la preferencia de Cristo, la formación que recibiremos será fecunda en sabiduría, alegría y caridad.

## UNA CONVERSIÓN CONTINUA

En la vida consagrada a Dios en la fraternidad se necesita de una educación, un reclamo y una profundización constantes acerca de su sentido y su valor, una continua corrección y una llamada a la conversión, siempre renovada. En la vida orientada hacia Dios en comunidad estamos siempre en camino. Lo importante es no pararse, no creerse que hemos llegado al final. Nuestra vocación nos pide una continua conversión, porque la vida a la que nos llama el Señor no es un simple desarrollo natural de lo que somos, sino que es una vida nueva en Él, la vida de Cristo en nosotros. Como dice san Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20).

Visitando tantos monasterios y encontrándome con tantos monjes y monjas en el mundo entero, tengo la impresión de que a menudo nos engañamos pensando que podemos vivir la vocación, seguir a Cristo, sin conversión, sin tener que cambiar, verdadera y sustancialmente, nuestra persona y nuestro modo de vivir.

Una de las tres promesas, de los tres votos que hacemos en la Profesión según la Regla de san Benito es el de la

*conversatio morum*, además de la obediencia y la estabilidad (RB 58,17). *Conversatio* es un término difícil de traducir. Quiere decir «modo de vida», especialmente «modo de vida monástico», con una dimensión comunitaria que implica una conversión de nosotros mismos, de nuestro corazón y de nuestra vida. Más que convertirnos, san Benito nos pide esforzarnos en hacer el camino en el monasterio según la Regla, que nos convierte a una vida nueva, a la vida de Cristo en nosotros.

Esto quiere decir que un monje o monja no alcanza la madurez si no acepta recorrer durante toda la vida un camino de conversión en el monasterio, en la comunidad. Nuestro hombre viejo está llamado a morir para dejar nacer, crecer y vivir el hombre nuevo (cf. Ef 4,20-24).

Esta disponibilidad a la conversión de vida y a la vida de conversión se pide a todos los bautizados, pero se pide específicamente a los religiosos, llamados a vivir el bautismo de modo radical al servicio de la santificación de todo el pueblo de Dios.

Hago hincapié en estas cosas porque con frecuencia veo justamente lo contrario. Hay monjes y monjas que parecen haber hecho la Profesión de terminar el proceso de su vida de conversión el día de la Profesión solemne. En el momento de prometer solemnemente hacer un camino de conversión hasta la muerte, sienten que ya han llegado al final. Es como si después ya no fuese necesario para ellos cambiar, crecer, ser corregidos, hacer progresos de vida nueva. Es como si el «hombre nuevo» que comenzó a vivir durante

los años de noviciado y de formación se hubiese jubilado enseguida en el momento en que, sin embargo, debería vivir y ser fecundo en alegría y gratuidad.

¿Por qué sucede esto? Creo que el verdadero problema debemos buscarlo en la pregunta que mencionaba antes: «¿Realmente Jesús es para mí la mayor alegría? ¿De verdad es la alegría de mi vida? (...) ¿Verdaderamente Cristo es lo más querido de nuestra vida (cf. RB 5,2)?».

La disponibilidad para la continua conversión, la disponibilidad para seguir un camino de conversión de vida, depende de nuestra alegría. Si uno comienza a escalar una montaña, permanecerá en el camino hasta la cima solamente si pone su alegría en la cima. Si pone su alegría en una etapa intermedia, se detendrá, no avanzará más. El problema es que la alegría verdadera de nuestro corazón siempre es más grande que nuestros objetivos inmediatos. Cristo es una cima de nuestra vida y de nuestra alegría que se nos da en cada etapa del camino, pero con la condición de seguir caminando para seguirlo hasta el final, hasta la plenitud de la alegría y de la vida.

A menudo nos detenemos en el camino de la conversión porque creemos que nos basta con un cambio exterior, superficial. Creemos ser felices cambiando solamente lo que está fuera de nosotros, pero esto no es lo que renueva la vida, lo que la cambia, lo que la hace plena.

En la parábola del hijo pródigo y del padre misericordioso (Lc 15,11-32), el hijo más joven pretende encontrar la felicidad precisamente marchándose, dejando al padre, al





## Adherirse a Cristo

Este segundo volumen de la serie *Escucha y camina* recoge un nuevo ciclo de meditaciones que, siguiendo el estilo monástico de los “sermones capitulares”, el P. Mauro Lepori, abad general de la Orden del Císter, ofrece en el marco del Curso de Formación anual promovido por la orden.

“La cuestión sobre si Jesucristo es la alegría de nuestro corazón es la pregunta que debemos hacernos constantemente en el camino de nuestra vocación. También cuando no nos sentimos felices, cuando estemos tristes. ¿Estamos tristes por Cristo o por otras razones? ¿Estamos tristes porque nos falta Jesús, porque no lo amamos lo suficiente, o porque nos falta otra cosa?

Sabemos que nuestro corazón no es sencillo, que nuestra alegría y nuestra tristeza no son siempre y completamente por el Señor. A menudo, el motivo de nuestra alegría y nuestra tristeza es nuestro propio interés, nuestro orgullo, nuestra ambición. Por eso, todos necesitamos que alguien gobierne nuestro corazón, que lo eduque hacia la verdad de su deseo, que lo eduque para preferir a Cristo sobre todas las cosas”.



ISBN: 978-84-1339-029-1



9 788413 390291